

6. Carácter del matrimonio cristiano es la santidad, como que todo sacramento es santo en sí mismo y santificador. Eslo, de un modo particular, éste que el Apóstol llama grande¹ en Cristo y en la Iglesia; esto es, por su alta representación de la mística unión y desposorio de la humana naturaleza con el Verbo. Santo es el estado de los que viven unidos con la bendición de Dios para formar el tronco de nuevas generaciones, que continúen la obra de Dios sobre la tierra, y lleven adelante los planes de su misericordia sobre los miembros de la familia humana. «Hijos somos de santos», decía el joven Tobías á su esposa, «y no debemos unirnos como los gentiles que no conocen á Dios.»² Siendo la gloria del Criador el fin del matrimonio, los cónyuges no deben perder de vista este objeto nobilísimo, ya antes de contraer el estado, ya después de contraído, ejercitándose en las virtudes cristianas que son el decoro y la ventura de la vida conyugal. Y ¡qué modelo más perfecto de santidad pudieran proponerse los esposos que el Esposo de María, la bendita entre todas las mujeres!³ ¡Ah! ¡bendito y bienaventurado entre todos los hombres el que tuvo la dicha y el honor incomparable de merecer la mano de la Reina de todas las criaturas! Sí, de merecerla, hermanos carísimos, y ésta es la gloria más legítima de San José, haber sido hallado en los consejos divinos digno de recibir á María por esposa propia. Él seguramente no sospechaba siquiera que fuese merecedor de gracia tan insigne, cuando reunido en el templo de Jerusalén con los demás descendientes de David, aspirantes á la mano de María, aguardaba se declarase con la señal del cielo cuál era el escogido para esposo de la virgen de Judea⁴. Y aun después de agraciado con la florescencia de su vara, y celebrado ya el contrato legal en presencia de los sacerdotes

¹ Eph. 5, 32.² Tob. 9, 5.³ Luc. 1, 28.⁴ S. Hieron., Lib. de Ort. Virg. ap. Rivadeneyra.

y teniendo ya la dicha de poseer á María, al descubrir en ella las señales de la misteriosa operación del Espíritu Santo, José no se considera digno de habitar bajo un mismo techo con la escogida para Madre del prometido Libertador de Israel. «José», dice la narración evangélica, «viendo lo que pasaba y siendo un varón justo, quiso romper ocultamente aquel lazo de su desposorio», porque, según piensan graves Padres de la Iglesia, su humildad le ocultaba sus virtudes. Mas he aquí que Dios, único apreciador de los méritos del justo, le dice por la boca de un ángel: «José, hijo de David, no temas recibir á María por esposa tuya; porque lo que en ella ha nacido es obra del Espíritu Santo.»¹ Palabras llenas de misterio, las cuales interpreta así el Doctor de la Iglesia San Fulgencio: «José, María es vuestra legítima esposa, y el Espíritu Santo que os ha hecho don de ella, es quien ha obrado en ella el misterio que os llena de santo temor. Pero este Espíritu de amor no quiere romper el casto matrimonio que Él mismo ha formado. . . . Dios haciendo á María su Madre, no quiere que cese de ser vuestra esposa; al contrario, Él la confía á vuestra piedad á fin de que protejáis su honor, y sustentéis á su divino Hijo.» He aquí, pues, á José escogido expresamente y destinado por Dios para ser esposo de María. Después de oídas las palabras del ángel, ¿quién puede dudarlo? Según esto, ¿á qué altura tan incalculable no debió de llegar la santidad del gran Patriarca? Insignes oradores, siguiendo á los Padres de la Iglesia, han fundado en esta base de su matrimonio con la Reina de los santos, la santidad de José, considerándola superior á la de todos los demás santos de Dios². Y con sobra de razón, carísimos hermanos; pues, ¿cómo suponer que los vasallos de una Reina fuesen mejores ó de mayor dignidad que el esposo? ¿Sería esto un honor para la señora? Y habiendo

¹ Matth. 1, 20.² Segneri, Panegír. de San José.

sido Dios mismo quien dió esposo á María, su Madre, ¿habríaselo dado inferior en mérito, es decir en santidad, á otro hombre cualquiera? Esto como veis repugna al buen sentido, no menos que á la razón que discurre sobre los datos ciertos de la revelación. No iremos pues más adelante en este punto de la santidad de José, bastando saber que el título de *Iusto* que le da el Evangelio¹ es de un valor antonomástico, que, en sentir de San Jerónimo, designa á un hombre que posee en grado perfecto todas las virtudes. *Iosephum vocari iustum attendite, propter omnium virtutum perfectam possessionem*².

Ahí tenéis, pues, á San José como modelo de los fieles en el estado ordinario de la vida cristiana, en el estado en que todos pueden santificarse por medio de la guarda de los santos mandamientos. Veamos ahora el modelo de las almas escogidas por Dios para subir á un grado de perfección más alto en la Iglesia por medio de la sumisión voluntaria á los consejos del Evangelio, ya sea dentro del estado religioso, ya en el seno de la familia y de la sociedad.

II.

7. Hemos hecho notar que la virginidad, como estado, era una condición necesaria para el matrimonio de San José con la Virgen María, con aquella que debía ser Virgen por elección y por voto para ser Madre del Verbo encarnado. *Ne timeas Maria, decíale Gabriel; Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi; ideoque, et quod nascetur ex te Sanctum vocabitur Filius Dei*³. María se muestra temerosa ante la celestial embajada; aun se atreve á objetar al mensajero de Dios su condición invariable de Virgen consagrada al divino Esposo, y no se tranquiliza su espíritu hasta entender el modo sobrenatural con que había de efectuarse el misterio de la

¹ Matth. I, 19.

² Apud Segneri, l. c.

³ Luc. I, 30. 35.

Encarnación por un milagro de la virtud omnipotente del Altísimo. Tampoco da su consentimiento al matrimonio providencialmente dispuesto para el mismo objeto, antes de haberse cerciorado de la conservación perpetua de su pureza virginal. De donde con razón podemos deducir la virginidad perpetua de José. En efecto, si tal no fuera, ¿como habría podido aceptarlo por esposo y compañero de toda su vida, aquella que había de permanecer intacta Virgen hasta el último aliento? Por otra parte, ¿podía Dios asociar á esta Virgen sin mancha, más pura que los ángeles, á un hombre en quien no resplandeciese la aureola de la pureza virginal? Y no bastaba que la inocencia hubiese embellecido los años de su juventud hasta el momento en que iba á enlazar su suerte con la de María; era preciso que José por especial inspiración de lo alto hubiese consagrado á Dios con voto y promesa inviolable toda su persona, su corazón y sus sentidos, á la manera que lo hiciera la Virgen. Sin esta circunstancia, José no hubiera sido digno de María. Por eso el sentir de la Iglesia universal asegura al castísimo Patriarca esta gloria singular que lo enaltece sobre todos los santos del antiguo Testamento. Por eso San José, según el dicho de un célebre intérprete de la sagrada Escritura, fué más bien ángel que hombre¹. Y añade un piadoso y sabio autor: «La virginidad de José es una maravilla incomprensible... la pureza de José se eleva sobre la de los mismos ángeles. He aquí la prueba. En presencia del ángel Gabriel que le apareció en figura humana, la Reina de las vírgenes se turba, ha dicho San Ambrosio; mientras que no se turba á la vista ni con las palabras de su santo Esposo, ni teme vivir y conversar con él. Dícelo también San Francisco de Sales: José sobrepujó en pureza á los ángeles de la más alta jerarquía, viviendo veinte ó treinta años ante los ojos de la Madre

¹ Cornelio a Lapide, Comm. in c. I Matth.

de Dios. Esos ojos, dice Gersón, destilaban una especie de rocío virginal que purificaba más y más los corazones sobre que caía: y como este rocío, *virgineus ros ex oculis*, caía diariamente sobre aquella azucena de José abierta para recibir sus influencias, de aquí que también cada día se aumentaba con nuevos brillos la pureza de su corazón.»¹ ¡Gloria, pues, á José, al digno esposo de la Virgen! ¡Gloria á la flor de la virginidad, inseparablemente unida á la *Rosa mística* é incorruptible! ¡Gloria también á las almas escogidas para ser esposas del Cordero inmaculado, y, que prendadas del amor de este divino Esposo, pueden decir, como la encantadora virgen Santa Inés: «Con aquel estoy desposada á quien sirven los ángeles, cuya hermosura admiran el sol y la luna: á Él solo le guardo fe; á Él me entrego de todo corazón»²! ¡Qué gloria puede compararse con la de estas almas nobles y generosas, despreciadoras de todas las delicias de la tierra, y cuyo corazón está tan alto como el cielo! En este admirable estado de la vida cristiana es donde se practican las virtudes más heroicas, como las que supo practicar el purísimo José viviendo al lado de María.

8. No llegaríamos á formarnos el concepto adecuado de la santidad del Patriarca, si no lo contempláramos como ejemplar de las almas consagradas á la perfección. Lo fué ciertamente, en primer lugar, por su altísima unión con Dios. He aquí la ventaja de que gozan las almas consagradas totalmente al divino servicio: *Mulier inuupta et virgo cogitat quæ Domini sunt*³; no tener que pensar sino en Dios y en la manera de agradecerle. Tal era la única solicitud y el anhelo de José: complacer á su Dios en unión íntima con María, cuyo corazón ardía constantemente en las llamas del divino amor. La unión de José con su

¹ *Patrignani*, Devoción á San José.

² Eccles. in off.

³ I Cor. 7, 34.

Dios era la del siervo fiel, atento á todas horas, día y noche, á cumplir la voluntad de su señor; la del padre amantísimo que se desvela por la felicidad del hijo que Dios mismo le ha confiado; la del custodio del tesoro más precioso, que tiene puesto en él su pensamiento y su corazón. ¡Qué vida tan santa y dignamente empleada! Era una vida celestial y divina, asociada á las más nobles y preciosas existencias, las de Jesús y María. Como Jesús, podía él también decir: «Yo hago siempre lo que agrada al Padre celestial»¹; como María, podía repetir á cada instante: «¡He aquí el esclavo del Señor! Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador.»² ¡Qué contemplación la del Patriarca! ¡Qué mirada de águila en el Sol resplandeciente de la esencia divina! ¡Qué ardores seráficos en el afecto! ¡Qué sublimes arrobamientos de amor! ¿Creéis, hermanos carísimos, que hubiera podido aventajarle ningún otro santo aun de los más fervorosos contemplativos? No lo han creído así los santos y escritores ascéticos. Santa Teresa dice que fué un gran maestro de oración. San Bernardino de Sena, que fué altísimo en la contemplación. San Atanasio: ¿Qué otra cosa podía hacer San José sino meditar las cosas celestiales? Y un escritor piadoso: Su alma se consumía de amor; su sueño era más bien un éxtasis que un descanso corporal. Vengan todos los contemplativos, todos los solitarios, todos los anacoretas á aprender de Vos, ¡oh glorioso Patriarca! el arte de llevar sobre la tierra una vida toda celestial, toda de contemplación, de silencio, de amor y unión con Dios³.

9. Mas ¿de dónde procedía esa admirable agilidad del espíritu de José para volar á las esferas de la Divinidad y tener allí su morada y allí descansar como los bienaventurados? ¡Ah! carísimos oyentes: esto sólo pueden hacerlo en esta vida las almas perfectamente desasidas del amor de las

¹ Io. 8, 29.

² Luc. 1, 38. 46.

³ *Patrignani*, op. cit.

criaturas y del amor de sí mismas, las almas enteramente purificadas por el fuego de la mortificación, como lo estaba la del bendito San José, de quien dice Santa Brígida: «De tal suerte estaba muerto al mundo y á la carne que no deseaba sino las cosas celestiales.» ¡Condición feliz y nobilísima del estado virginal, espiritualizar al hombre, hacerle poco menos que ángel por la victoria perfecta de la sensualidad! Reflejo del estado de inocencia primitiva en que fueron criados nuestros primeros padres, la virginidad ó extingue totalmente el fómite del pecado, como puede creerse haber sucedido en San José, ó por lo menos lo disminuye y debilita, al paso que da al espíritu una fuerza superior para domarlo. Entonces es cuando puede el hombre decir con verdad que su corazón y su carne se alegraron en Dios vivo¹. Para estas almas felices la tierra se convierte en un remedo y trasunto del cielo, aunque carezca de todo género de comodidades y atractivos. ¡Qué gozoso estaba José trabajando penosamente en su pobre taller de Nazaret! ¡Cuán alegre vivía en la pobreza!² Despreciador de todos los bienes terrenos, su único deleite consistía en servir á Jesús, en cumplir en todo la voluntad de Dios. ¡Dichosos los que saben imitarle!

10. Ellos podrán también seguirle en la práctica de las buenas obras, para cuyo ejercicio nadie está en mejores condiciones que los que profesan el estado de la castidad perfecta. José fué modelo acabado de lo que se llama vida activa por los asiduos cuidados con que atendía al bienestar de la sagrada Familia, ya con el rudo trabajo de su profesión en Nazaret y en Egipto, ya con sus afanes y desvelos durante sus viajes y peregrinaciones. ¿Quién no contempla con asombro y con ternura los cuidados desplegados por José para proveer al Niño-Dios y á su carísima Esposa de todo lo necesario, especialmente en aquellas penosas

¹ Ps. 83, 3.

² S. Bonavent.

correrías de Belén á Egipto y de Egipto á la tierra de Israel? ¡Cuántas veces yendo por aquellos caminos, conoció que Jesús y María tenían necesidad de alimento y, careciendo él mismo de pan para socorrerlos, íbase por aquellos bosques á buscar algunas frutas silvestres con que sustentarlos! ¡Cuántas otras corría á los montes para buscar entre aquellos peñascos algún manantial con que refrigerar la sed que consumía á los santos peregrinos!¹ ¡Oh agilidad para el bien, desplegada por las almas caritativas que se consagran al servicio de los prójimos! ¡Cuán propia es de las almas que de veras aman á Jesús! Ellas no ven en su semejante sino la imagen viva de aquel á quien aman, imagen tanto más perfecta cuanto más desfigurada por el dolor. Ellas son la gloria de la Iglesia de Cristo y el consuelo de la desgraciada humanidad. Hoy, como nunca, se siente y se palpa en todas partes la necesidad de una poderosa acción social, ya que, como nunca, se han multiplicado las dolencias materiales y morales de la sociedad. Y en esta acción que se ejerce de mil modos, deben tomar parte no sólo las personas consagradas con votos religiosos á servir á Dios y al prójimo, sino los fieles de toda condición y estado. Á las personas que moran en el siglo y palpan más de cerca las miserias del mundo, les corresponde también una parte no pequeña en esta gran labor de caridad. Para desempeñarla debidamente, no basta tener modelo, es preciso contar con gracias y auxilios celestiales. ¿Quién mejor que José podrá alcanzarlas para todos sus devotos, para cuantos aspiren á seguir más ó menos de cerca sus hermosas huellas? Implémos, pues, su poderosa intercesión para nosotros, para todos los que trabajan en el apostolado de la caridad, para la sociedad entera, á fin de que, como canta la Iglesia, se nos conceda por su valimiento lo que no pueden obtener nuestros méritos. ¡Así sea!

¹ Segneri, Serm. de S. José.